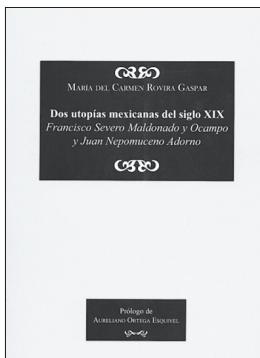


## TEORÍA DEL DESFASE UTÓPICO LATINOAMERICANO

*Jorge Velázquez Delgado*

(Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa)



Estudio Bibliográfico de / A Bibliographical Study of: **María del Carmen Rovira Gaspar, *Dos utopías mexicanas del siglo XIX*. Francisco Severo Maldonado y Ocampo y Juan Nepomuceno Adorno. Pról. de Aurelio Ortega Esquivel. Guanajuato (México), Universidad de Guanajuato, 2013, pp. 214. ISBN: 978-607-441-244-4.**

PALABRAS CLAVE: Utopía, historia mexicana, teoría del *desfase* utópico, F. Severo Maldonado y Ocampo, J. Nepomuceno Adorno.

KEYWORDS: Utopia, Mexican history, theory of the utopian *lag*, F. Severo Maldonado y Ocampo, J. Nepomuceno Adorno.

En la ya larga y reconocida tradición filosófica latinoamericana existe también un amplio espacio atiborrado de indelebles huellas utópicas. A grado tal ocurre esto que pareciera que el sino de dicha tradición depende de pensar infatigable y recurrentemente la cuestión utópica. En la filosofía mexicana esta cuestión expresa inquietudes diversas que en general comulgan con el indeclinable deseo de superar ciertas contradicciones históricas y culturales que, en especial, responden a nuestro peculiar modo de entender a nuestra supuesta personalidad histórica. Pero hasta hoy no ha existido utopía latinoamericana más ambiciosa, necesaria y deseable que aquella que sustenta el ideal bolivariano de una América unida. De esta manera podemos afirmar que para María del Carmen Rovira la utopía latinoamericana en general, y en particular la mexicana, se elevan como el producto de un sinfín de causas en las que todo oscila entre el deseo reformista y la pasión revolucionaria. En todo caso, en el indeclinable propósito de pensar en establecer las coordenadas del cambio histórico social para una realidad que, desde su inevitable incorporación al mundo occidental, se ha visto sometida a la barbarie de diversas potencias imperiales de dicho mundo. De ahí que, ya sea de un modo u otro, es decir, por

vía reformista o revolucionaria, lo que no deja de ser una constante del pensamiento utópico de cualquier parte del mundo es el admirable e imprescindible deseo de mejorar las condiciones de existencia de la humanidad.

En tal sentido es indudable e incuestionable que, en cualquiera de sus más diversas concepciones e interpretaciones como concepto polisémico, sea la utopía la que en sus proyecciones muestre –insistentemente– su indeclinable naturaleza humanista. En particular por partir, como se ha dicho, del deseo de establecer un significativo, como vital y radical, cambio en las condiciones de existencia de la especie humana. Algo que en particular tendría mucho que ver, como género y fenómeno ideológico y político propios de la modernidad, con los modos de desarrollo de sus mejores cualidades civilizatorias. Lo que acertadamente sospecha Rovira es que la utopía no deja de ser también un modo concreto de pensar la historia en la que lo que resalta es el estilo peculiar de acercamiento a los ideales típicos de una determinada época histórica; haciendo con ello imposible prescindir o despojarnos de los componentes ideológicos que han posibilitado una experiencia o pensamiento utópico concreto. Por ser éstos imposible de ignorar. Menos aún cuando ellos son establecidos como parte de una bifurcación misma que se desenvuelve en varios planos de desarrollo. En tal sentido, toda inquietud utópica es en esencia la expresión de una serie de *bifurcaciones* que responde a diferentes causas y presencias históricas y culturales. Son, en todo caso y filosóficamente hablando, parte de un relevante *actualismo* en las que el pasado se *inserta* con los otros tiempos que constituyen la conciencia histórica de la modernidad. Es a partir de esto último que incluso lo locuaz resulta desempeñar un papel de gran significado. Sin embargo, no por ello merecen ser tratadas como vulgares ocurrencias. Pero sí como modos discursivos que solamente son comprendidos como textos de interés literario, histórico o filosófico-político.

Ahora bien, en la última investigación publicada de María del Carmen Rovira, encontramos esencialmente esto y muchas cosas más. Cabe decir, por lo mismo, que dicha investigación en modo alguno es una más que forme parte de la impresionante montaña de libros y estudios que son ya parte de la larga historia de expresiones y motivaciones utópicas que arrancan desde el momento en que Tomás Moro publicó, hace ya cerca de quinientos años, su célebre e inmortal *Utopía*. Librito cargado por cierto de indiscutibles aciertos irónicos. Por ser una investigación que tiene por principal atributo y característica establecer los fundamentos de la diferenciación entre el sentido y forma de la utopía europea de la latinoamericana. Pero por su interés particular, otorga y concede especial énfasis a la utopía mexicana. Lo que advierte y señala con acierto Rovira es cómo la utopía europea es centralmente producto de un pensamiento y modo de ser en el que lo que se considera ser lo fundamental del mismo es la obsesión por el *modelo*. Entendido como deseable acontecimiento que en tanto imperecedero e inmutable, perfecto si se quiere,

resulta ser inalcanzable. Mientras que la utopía latinoamericana ha resultado ser *atípica*. Algo que definitivamente no encaja en los moldes de la racionalidad y modos de ser del buen europeo. Por su lado, la utopía mexicana se entiende como algo que sin violentar el sentido de la latinoamericana, emerge como *solución de tentativa*, es decir, como un conjunto de prácticas y soluciones a los problemas concretos que nos circundan. Así, lo que en última instancia caracteriza a dicha utopía, es el espíritu práctico que subyace en ella. Por eso, el *desfase* no sería aquí más que el referente o marco de posibilidad y –esto es algo que agregamos de nuestra parte– legitimidad para la realización misma del proyecto utópico en cuestión.

Por decirlo en otros términos, lo que sugiere la *teoría del desfase utópico latinoamericano* es que en estas tierras los hombres y mujeres que las habitan, caminan teniendo los pies bien hundidos y firmes sobre el suelo que pisan. No pretendiendo así, por lo mismo, tomar el cielo por asalto. Permittedose fantasear cómo serían las cosas allá arriba. De los infiernos terrenales no se tiene ningún problema por ser éstos ampliamente conocidos y vividos. Por ello, lo único que se pide, en términos de esta cruda realidad creada por la intolerable alienación y explotación a la que ha sido sometida esta tierra por siglos, es solamente crear y generar un poco de justicia, igualdad y dignidad humana. Tal vez esto último sea también otra tremenda fantasía. Cuestión con la cual se estaría ampliamente de acuerdo. Una tremenda fantasía que ha hecho del problema indígena parte sustancial del pensamiento utópico latinoamericano. Sin embargo, y bien vistas las cosas, tal forma de encuadrar el asunto y estando de acuerdo con Rovira, las cosas aquí no resultan ser inalcanzables pero sí viables o posibles. De esta forma lo que ella afirma es que existe sustancialmente una marcada diferencia en estos modos de comprender al fenómeno utópico. En tal sentido el desfase es entendido como:

“La diferencia que existe entre dos fenómenos alternativos. Contradicción que consiste en que lo propuesto no puede operar ni transformar lo real-concreto, lo propuesto no es idóneo como solución; he aquí el sentido trágico de la ‘utopía’ mexicana y de la latinoamericana.”

En este importante libro sobre la utopía mexicana se estudia y analiza a dos pensadores del siglo XIX mexicano, quienes son Francisco Severo Maldonado y Ocampo y Juan Nepomuceno Adorno. El primero de ellos, de quien tenemos avisos significativos y noticiosos, fue un párroco que resaltó como figura relevante, pues tiene que ver con los inicios de la Independencia mexicana, al ofrecer a Miguel Hidalgo la publicación de un legendario periódico al que hoy nadie niega su alto contenido simbólico. Nos referimos, en efecto, a *El Despertar Americano*.

La utopía de Maldonado, en lo que a dicho pensamiento se refiere, encierra varios y relevantes tópicos. Como son, por ejemplo, abrazar la idea de fraternidad universal; pensar la reforma social como solución a los graves problemas de una

nueva nación; y sobre todo no abandonar la educación en su sentido moderno por ser determinada como el más significativo fundamento para el proceso liberador en ciernes. Lo que por otro lado contiene esta utopía es la visible influencia del pensamiento masón y de las corrientes del socialismo utópico decimonónico; dando como resultado de todo esto un sugestivo eclecticismo que sigue, por cierto y como acertadamente lo comenta Rovira, las causas del movimiento decembrista de los revolucionarios rusos del siglo XIX. Sin embargo, es este maestro y doctor en teología quien, marcado también por la filosofía política de Jean-Jacques Rousseau, ve que la unión de los pueblos de América solo se puede llevar a efecto a través de la decidida actuación de los *virtuosos criollos*. Cosa que no debe extrañar a nadie dado que en ese siglo el criollismo era parte de la ideología social y cultural dominante. Pero lo que más cabe reconocer a Maldonado es un liberalismo que al hablar de *El triunfo de la especie humana*, o que al estar fuertemente referido a la realidad mexicana, no logra lo que Rovira considera tenía que haber sido el desfase total “entre el marco teórico ofrecido como posible solución y la realidad mexicana”.

Existe aquí una teoría que partiendo del conocimiento y análisis de dicha realidad, e incluso de la necesidad de establecer el pacto social para la misma en lo que sería la indeclinable búsqueda y realización de su felicidad, no deja de ser portadora de una fantasía. Pero cabe decir que para este teólogo la dignidad del hombre pasa por concebirlo como centro del universo “para cuyo uso parece desde luego haber sido destinado cuanto existe en el cielo y en la tierra”. Cuestión sumamente difícil de ser pensada como tal por un teólogo y bajo los aún muy sensibles humores de la época. Cosa que, a la par de dar ánimos y alientos seculares, define el temperamento revolucionario de su utopía, la cual ve en el pueblo la imprescindible y necesaria fuerza liberadora de la sociedad.

Lo urgente que muestra así dicha utopía, la cual es pensada y determinada por Rovira como un eclecticismo salvador, es derrotar al despotismo reconociendo en el pueblo a la verdadera fuente de la soberanía. Cumpliendo, por otro lado, los *prodigios* que social, cultural y moralmente requieren los cambios profundos de la sociedad de acuerdo con el tipo de escalas que propone. Las *escalas* son tipos de acción que:

“Según su opinión, lograrán un orden político, económico y moral. Las escalas que nombra son: militar, agrícola, febril, mercantil, itineraria [...] escala de continuo placer, de ocupación y moralidad. Exactamente plantea diez escalas que pueden entenderse como tareas a realizar por el hombre al interior de un todo social, líneas de trabajo de realización militar, económica, política, cultural y moral. En lo primordial plantea la idea de una escala o comunicación comercial al interior del territorio nacional. Advierte que las escalas deben operar y prolongarse ‘en territorio de los vecinos del Norte’ así como en toda América ‘hasta las últimas costas de América del Sur’.”

Por su cuenta, la utopía de Juan Nepomuceno Adorno lo que plantea centralmente es la existencia de la armonía del universo. Como ingeniero y como individuo fuertemente influenciado por las propuestas del movimiento y avances científicos de su tiempo, esta utopía se advierte como el resultado de las inquietudes de un hombre sumamente ocurrente y *atolondrado*, que entiende ya el peso que adquiere el desarrollo del industrialismo, en el sentido de poner remedios a los males de este mundo.

Pero en el análisis y comentario crítico de esta utopía, Rovira toma los libros más representativos del utópico mexicano, poniendo particular énfasis en la idea que sobre el providencialismo desarrolla Adorno, y advirtiéndole que es tal providencialismo lo que constituye el epicentro de dicha utopía, al otorgarle en la misma tal relevancia al ser humano.

Ahora bien, nadie duda de que a partir de la afanosa búsqueda de la felicidad humana lo que pretende la utopía es el máximo logro de la felicidad humana. En otro sentido: la realización del máximo bien. De acuerdo con Adorno es ésta la principal inquietud por la cual decide sinceramente escribir. Pero, ¿por qué tal deseo? Por ver en México un intolerable paisaje en el que predomina la desolación y la tristeza. Para él lo que se requiere como urgente medicina es regenerarlo a través de la moral y de la justicia; que son, después de todo, nota distintiva del providencialismo del ser humano.

De lo que aquí se habla es, entonces, de los supuestos e impercederos defectos del ser del mexicano. Pero, hay que decirlo, se habla desde lo que era su alta atalaya de ingeniero y de hombre sensiblemente utópico. De un hombre culto e ilustrado del siglo XIX que parte también de un discutible *clasismo*, o marcado elitismo. Así, al igual que otros congéneres de la misma estirpe utópica, propone la solución educativa como remedio a una condición existencial, la cual, allende las coordenadas territoriales de América, define la grave crisis de la humanidad como síntoma de una crisis de signos más hondos. La crisis resulta ser así la razón crítica y causa central de miseria de la humanidad. Medible en absolutas dimensiones históricas. Siendo ella la que desvía las tendencias principales de la felicidad, cultivo y mejora del planeta pero sobre todo de la verdad.

La forma en que mejor lo presenta Adorno es la de un hombre fantasioso, pero sobre todo visionario. Sumamente radical a los humores de su tiempo. Que lo que quiere es todo a la vez. Esto de acuerdo a las bases sociales que exige la constitución de un nuevo tipo de sociabilidad o vida civil, en la que todo lo existente debe partir de la negación radical y absoluta de la propiedad privada. Pues, de acuerdo con esto, tal negación es lo que funda la libertad como la igualdad, la fraternidad y la solidaridad. Un radicalismo de tal envergadura es lo que lo convierte en un imprescindible pensador utópico. Sincretico, sin duda. Pero al fin y al cabo tal pensamiento depende de dos coordenadas centrales: de la filosofía y de la polí-

tica. Cabe recordar aquí que para Rovira tales pensadores utópicos son, al igual que nosotros, hombres de su circunstancia. La misma que lo conduce a reconocerse con el socialismo, pero sobre todo con el anarquismo en cuanto considera que es posible el autogobierno de los hombres sin necesidad de “instituciones y constituciones”. Lo que tal utopía plantea es la urgente nivelación de las clases sociales, como, por otro lado, una radical sabiduría humana capaz de conjugar la ciencia con la Providencialidad humana. Todo esto en aras de la máxima felicidad de la especie humana. Para el logro de tales fines dicha utopía habla de lo que considera son los principales fundamentos de la sociabilidad. A saber:

- 1) Todos los hombres nacen Providenciales.
- 2) Todos los hombres nacen iguales y libres.
- 3) Todos los hombres nacen inteligentes y sociables y, por lo mismo:
- 4) legisladores y defensores de la justicia.

Así, para Adorno lo que se quiere es tratar de recuperar y dimensionar la *voz de la libertad*. La misma que, en la lucha contra la tiranía, las revoluciones de la modernidad lanzaron al mundo. Tales revoluciones son: la inglesa, la francesa y la americana. En muchos sentidos Adorno, a través de sus escritos, nos recuerda las inquietudes ilustradas del siglo XVIII y principios del XIX. Es por ello imposible dejar de sospechar que éstos se encuentran gravados por la influencia de Jean-Jacques Rousseau. Al igual que por la de los fisiócratas y Saint-Simon, al establecer en ellos un cuadro evolutivo de la experiencia histórica de la especie humana. La misma en la que la Providencialidad del hombre se encuentra inscrita desde la primera época o época primitiva.

De tal manera, se habla aquí de un proceso civilizatorio de carácter evolutivo que partiendo de la barbarie primitiva llega a la civilización actual; pretendiendo de esta manera la solidaridad y perfección del género humano. O de la gran sociedad cosmopolita. Para la cual lo relevante resulta ser: 1) superar la barbarie independientemente de su expresión histórica. 2) Negar la tiranía. 3) Suprimir la propiedad privada. 4) Establecer la igualdad de las clases sociales; y 5) Suprimir el trabajo esclavizado al capital. Lo que se quiere es, así, alcanzar lo que se piensa debe ser un auténtico humanismo como reconocimiento y respeto al otro. Un humanismo constituido principalmente por lo que serían para Adorno las bases más firmes y gloriosas de la sociabilidad humana. Que no podrían ser otras más que: la libertad de convivencia, la igualdad de la justicia, la fraternidad del amor y solidaridad de la misericordia.

\* \* \*